EL DIABLO Y EL INFIERNO

Por la noche oscura, en un claro de Luna en el tenebroso campo, discutían irritadamente dos ratones fantasmales, Honorio e Inocencio. Su maliciosa discusión versaba sobre lo siguiente:

Ratón Honorio.— Ahora dime, Inocencio, ¿por qué inventaste al diablo y al infierno? ¿No te dabas cuenta de que con eso causabas un gran mal?

Ratón Inocencio.— Los inventé, Honorio, para engañarme a mí mismo y para ayudar a la humanidad a que también se engañe a sí misma.

Ratón Honorio.— ¿Y qué beneficio puede tener ese engaño? ¿Qué ganas tú o la humanidad con engañarse?

Ratón Inocencio.— Pues te diré, Honorio: es mejor creer que tu alma es eterna y que vivirá para siempre —aunque tenga que estar quemándose en el infierno y siendo torturada por el diablo—, que creer que tu alma morirá junto con tu cuerpo cuando mueras.

Ratón Honorio.— ¿Y por qué estás tan seguro, Inocencio, de que el alma morirá junto con el cuerpo?

Ratón Inocencio.— No sólo estoy seguro de eso, Honorio. También estoy seguro de que este mismo mundo es el infierno. Espera un poco y verás al diablo.

Ratón Honorio.— ¡Caramba, Inocencio! Mucho me temo que el diablo eres tú.

Ratón Inocencio.— ¡Je, je, je!... ¿Ya ves cómo me das la razón?

Ambos ratones, Honorio e Inocencio, soltaron una carcajada siniestra en la noche oscura y fría, mientras eran bañados por una luz lunar que les daba un aspecto fantasmal. No había color en esa noche. La luz de la Luna hacia que todo se viera de un triste y mortecino tono gris.

FIN

Autor: José Antonio López Reynoso.
25 de noviembre de 2024.
Zapopan, Jalisco, México.